

2008: el año verde

La Argentina tiene hoy la oportunidad de volver a hacer trabajar a la globalización a favor del país como a principios del siglo pasado en lugar de sufrirla. La apuesta debería ser la exportación de alimentos de calidad

Es muy difícil que una negociación de sábana corta conforme a todos: siempre queda alguna parte destapada. Además si se discute sobre impuestos cuando el tema es el estilo, el método, la institucionalidad, el federalismo y la distribución, es aun más difícil acordar sobre lo que solo se menciona de soslayo. Pero el problema de fondo es resolver la pobreza y superar la escasez que alimenta presiones de todo tipo. Desde los piquetes y tomas de fábricas hasta las tensas relaciones entre la administración y las empresas y las asimétricas entre el gobierno central y las provincias. La escasez de caja parece justificar lo injustificable.

El aumento de las materias primas es un problema mundial, y la globalización no hace más que acelerarlo y acentuarlo, pero el tema a discutir no es quién se tapa mejor, sino cómo se hace una sábana más grande. Y hoy la Argentina tiene la posibilidad no solo de extender la sábana, ¡sino de ampliar el dormitorio y toda la casa! Volver a hacer trabajar a la globalización a favor del país como a principios del siglo pasado en lugar de sufrirla.

El aumento de las materias primas y la consecuente inflación no son un problema argentino. En todo el mundo -desde los países en desarrollo y hasta en los más avanzados-, se ensayan medidas para frenar este

Guillermo D'Andrea

Profesor de Dirección de Empresas en el IAE-Universidad Austral



flagelo global que golpea a los más pobres. Y las fuentes del flagelo -salvo la especulación financiera-, están lejos de desaparecer.

El precio del petróleo marchando hacia los u\$s 200 por barril no muestra signos de debilitarse en tanto se mantenga el conflicto en Iraq. Y los Estados Unidos con su liderazgo y la moneda debilitados deban compartir el poder con otros jugadores, ya no solo Europa sino también Rusia, China, Japón, India y hasta eventualmente Brasil. Arbitrar el precio de la energía en tal escenario multilateral no será una tarea sencilla, y los biocombustibles seguirán siendo una alternativa, a pesar de las críticas poco discutibles. Y por otro lado la demanda mundial de alimentos seguirá entonada por un buen tiempo: no se incorporan 2.000 millones de nuevos consumidores en un año ni en dos.

Frente a la aparición de esta formidable demanda los mercados desarrollados con sus remanidas barreras proteccionis-

tas pierden interés aceleradamente. Sociedades protegidas, exigentes y que envejecen rápidamente, dejan paso a una horda de nuevos consumidores ávidos de acceder a productos de calidad en cantidades nunca vistas en la historia del mundo.

En tal contexto, la oportunidad es menos la venta de materias primas alimenticias, sino la exportación de alimentos manufacturados a los nuevos mercados. Para ello se necesita la coordinación de actividades entre el campo y la industria para garantizar un flujo continuo y creciente de productos de calidad, en cantidad y a precios accesibles para los nuevos mercados. Esta es la verdadera negociación que debe encarar el campo: redefinir la relación con los fabricantes de productos alimenticios, y todas las otras industrias relacionadas. Se trata nada menos que de reforzar el tejido productivo del país con la mirada puesta en un mismo objetivo: alimentar al mundo emergente con productos de calidad superior. Compartiendo y extendiendo a las cadenas industriales las ventajas comparativas y competitivas que han construido nuestros productores agropecuarios. Así se podrá superar la dicotomía campo-industria fruto de fuertes disparidades entre la eficiencia internacional superior del sector rural y la de una industria que surgió sin una pla-

nificación profunda.

La reacción del campo ha puesto en evidencia el impacto que la economía agraria tiene para la vida del país. No es solo la influencia directa del valor de las exportaciones, la mano de obra empleada y los servicios que rodean la actividad, sino sobre todo la indirecta que opera en múltiples sectores que se nutren de la mundialmente reconocida eficiencia de nuestros productores agrícolas. Desde esta posición de relevancia se deben tender los puentes con la industria y el gobierno, cambiando el eje de las discusiones hacia las políticas de promoción de exportaciones a los nuevos mercados.

En el plano internacional, Brasil acaba de invitar a la creación de un mercado común sudamericano, herramienta ideal para negociar tratados comerciales atractivos.

Puesto a proveer de alimentos de calidad a los nuevos mercados enormes y crecientes, un país pequeño como la Argentina deja atrás en una década la deuda externa, la pobreza y todos los otros males que nos acompañan desde que dejamos de ser el 'granero del mundo'. Es hora de encarar la tarea de convertir al país en el 'fabricante de alimentos del mundo'. El día que se de el primer paso empezaremos a caminar hacia la Argentina verde: ¿será este el año verde?